

LO QUE DIOS HA REVELADO SOBRE SU EXISTENCIA

§ 29

**La Revelación expresa de la existencia de Dios. Nuestra respuesta:
la fe en Dios.**

1. *Es dogma de fe que Dios existe.*

a) De la existencia de Dios da testimonio el hecho de la Revelación sobrenatural en ambos Testamentos. La Iglesia, el pueblo de Dios, al que se ha confiado esa Revelación, da también testimonio de esa existencia en los *símbolos de la fe*. Los símbolos son al mismo tiempo medios de los que se sirve la Iglesia para anunciar sus enseñanzas ordinarias y expresar la fe de los seguidores de Cristo. Todos los símbolos comienzan con la profesión de fe en un solo Dios. Esta fe implica no sólo el convencimiento de que Dios existe, sino la entrega personal a ese Dios existente. En los símbolos de la fe la Iglesia, en cuanto comunidad, da testimonio de Dios. Quien recita los símbolos de la fe los está pronunciando como miembro de la comunidad eclesial; en el yo que confiesa a Dios, está hablando el «nosotros» que es el pueblo de Dios. Dios es anunciado y glorificado en la perfección de fe mediante la cual el «nosotros» de la Iglesia, y dentro de él cada uno de los fieles, da testimonio de su creencia en la realidad de Dios. De esta forma, la profesión de fe en los símbolos de la fe pone de relieve que Dios reina sobre todos los que dan testimonio de El. Por consi-

guiente, un credo de fe no es una mera enunciación mediante la cual afirmamos que Dios existe; es también un instrumento, un signo del reinado de Dios cuya propagación incumbe al pueblo de Dios.

El Dios proclamado por la Iglesia en sus símbolos de la fe es el Dios uno y trino. La Iglesia, al dar testimonio de Dios, lo está dando de un Dios en esencia y trino en persona y el pueblo de Dios no podrá testificar otra cosa diferente. En efecto, por medio de la fe el hombre se apropia la Revelación sobrenatural; ahora bien, ésta se diferencia de la natural por el hecho de que en ella Dios se manifiesta como ser uno y trino. Al menos, esto es lo que debemos afirmar, después de la forma perfecta que la Revelación ha alcanzado en Cristo (véase en el volumen II el Tratado sobre la diferencia e interdependencia que media entre la Revelación natural y la sobrenatural). La palabra «Dios» de la fórmula «creo en un solo Dios» no designa la realidad divina uniesencial, sino al Padre; es decir, a la Primera Persona divina.

b) Procediendo de las enseñanzas doctrinales cotidianas, el Magisterio eclesiástico ha declarado además en una decisión solemne, emitida por el Concilio Vaticano, que es un deber ineludible el creer en la existencia de un Dios verdadero: «Si alguien niega la existencia del verdadero Dios, Creador y Señor de lo visible e invisible, sea excomulgado» (Ses. 3, canon 1, de Dios; D. 1801: NR. 193). Este juicio condenatorio no va dirigido contra aquellos a quienes falta el conocimiento natural de la existencia de Dios, sino contra los que, obstinados en su incredulidad, se niegan a reconocer la existencia de Dios. Sintetiza en una fórmula breve, concisa y vigorosa lo que siempre fué contenido de la Escritura y de la Tradición; un contenido fundamental, anunciado de diferentes maneras.

2. En el Antiguo Testamento la fe en Dios constituye la fundamental Ley de la alianza establecida entre Dios y el hombre (*Deut.* 6, 6 y sigs.).

a) La fuerza de la fe en Dios del Antiguo Testamento puede describirse de la siguiente manera: «La única cosa totalmente obvia, siempre presupuesta, incesantemente manifestada, nunca negada ni aun siquiera puesta en tela de juicio es la existencia de Dios tal y como se propone en el Antiguo Testamento. Es verdad que el insensato afirma que Dios no existe (*Ps.* 14, 1 ó 53, 2) o que

los necios podrán hablar de igual manera (*Job*, 2, 10) e incluso se podrá negar o afirmar que no tiene importancia alguna... (*Ier.* 5, 12); pero éstas son afirmaciones de personas faltas de juicio e insensatas, que lo mismo hubieran podido ser designadas con el nombre de desvergonzadas, corrompidas; aun tales personas emplean ese lenguaje no para negar a Dios, sino para no someterse a su juicio y voluntad. No pretenden decir que Dios no existe, sino que niegan la actividad divina que debería ser la norma única de su conducta. Es un caso de ateísmo práctico, representado por el pecador, y no de un ateísmo teórico que era completamente desconocido en el Antiguo Testamento (L. Köhler, *Theologie des Alten Testaments*, 1936, 1; protestante).

b) Dios no se revela notificando su existencia; se revela *interviniendo con mano poderosa en la Historia y, de esta manera, manifestándose como potencia personal que no es de este mundo*, sino que con libertad y autonomía propias de Creador hace existir las cosas, gobierna la Historia y los destinos e impone obligaciones al hombre. Dios apela a la voluntad del hombre; éste tiene que someterse obedeciendo. Dios instaura su reinado en la historia humana; es el Reinado del Ser que trae la solución y bienaventuranza a los hombres. En definitiva, nadie puede infringir los mandatos del Señor, y el que se subleva contra Dios comete un pecado al mismo tiempo que se destruye a sí mismo y al mundo. El que obediente escucha el llamamiento de Dios, contribuye a la propagación del Reinado divino y en él se cumple plenamente la promesa de que Dios es para el fiel asilo y salvación, seguridad y consuelo. Salvándose a sí mismo, salva al mundo. Por consiguiente, el hombre conoce a Dios en tanto que éste se manifiesta como ser vivo, como actividad poderosa.

Aun en aquellos casos en que parece tratarse de una mera descripción del ser divino—por ejemplo, en Isaías (40, 18-32)—lo que en realidad se intenta es que la persona llamada tenga siempre ante sus ojos la grandeza y el poder del Señor, que tome en serio a su Dios y cumpla lo que El manda, que confíe en los días de penuria que le dan a conocer su propia miseria. La Filosofía existencialista, sobre todo el Existencialismo representado por Jaspers, apela en cada una de sus afirmaciones al hombre, tratando de ayudarlo en su ascensión al estado de existencia auténtica; eso mismo puede decirse de cada una de las enunciaciones en que la

Sagrada Escritura habla de Dios. Ellas son mucho más que meras informaciones relativas al ser divino, aunque sean esto también; en última instancia, constituyen llamadas dirigidas al hombre para excitarlo a que se someta al poderío divino obteniendo de esta forma su existencia auténtica.

c) El Dios que se revela como poder personal es *radicalmente distinto* de todo lo que piensa acerca de Dios un hombre no iluminado por la Revelación sobrenatural. Este hombre, a lo sumo, informará que Dios es lo absoluto, el pensar del pensar, el espíritu supremo, el máximo bien, la voluntad omnipotente, lo luminoso, lo santo, lo divino. La automanifestación de Dios es infinitamente superior a estas ideas, o fantasías religiosas brotadas exclusivamente del espíritu del corazón humano. Por otra parte, esa automanifestación comunica perfecciones de acabamiento a esas concepciones puramente humanas, al eliminar de ellas deficiencias y errores y al conservarlas en sí mismas, luego de haberlas purificado. La Revelación ejerce, pues, una doble función respecto a esta clase de concepciones religiosas: ponerles fin cuando aparecen bajo una forma en la que vayan marcados múltiples errores, y conservarlas comunicándoles una modalidad purificada.

d) El Dios que se revela en la automanifestación sobrenatural no ha podido ser inventado por el hombre ni «hecho» por éste. «Hechuras humanas» eran los dioses a quienes adoraban los paganos; los *mitos* mediante los cuales los hombres que aún no conocen la Revelación sobrenatural, daban forma a lo divino. Estos dioses surgieron «al plasmar en madera, piedra, o en ritos los símbolos de fenómenos y fuerzas naturales numinosamente percibidos». Son «fetiches» del hombre; por eso, ni ayudan, ni sirven para nada; son puras naderías (*Is.* 9, 4; 40, 17; 44, 9; *Ier.* 2, 28). Por el contrario, el Dios que se anuncia en los Profetas como Señor omnipotente, como Poder personal, no es «hechura del hombre»; no ha podido nacer en el corazón humano, no viene de abajo, sino que desciende de arriba. No es la estructuración mitológica de experiencias divinas, como lo son Isis y Osiris, Mardac y Apolo, Zeus y Atenea. En qué grado el hombre experimenta a Dios como un ser totalmente distinto del que sería capaz de crear el corazón humano siguiendo sus inclinaciones, lo muestra con claridad el hecho de que el hombre mismo es el que trata de huir

ante la faz del Dios vivo y de rebelarse contra El. Los dioses de la Mitología muestran cómo sería Dios si fuera el corazón humano el que lo hubiera creado. En esos dioses es el hombre el que se deifica a sí mismo y a la Naturaleza (véase el artículo *Augenblicksgötter* de G. van der Leeuw, en: *Reallexikon für Antike und Christentum*, 969, 72, y *Baal*, Nötscher, Klauser, Bacht, Baumstark, 1, c. 1063, 1113).

e) Si el pueblo elegido sintió siempre la *tentación* de abandonar al Dios vivo y verdadero para *adorar* a los dioses mitológicos que el hombre había creado fuera del recinto de la Revelación, lo hizo seducido de continuo por el conocimiento de que para el hombre orgulloso de sí mismo es más llevadero tratar con tales dioses; seducido también por la creencia de que tales dioses eran potentes y tiránicos. El que creía en la Revelación sobrenatural sin duda alguna tendría que asombrarse al ver que los paganos «hacían pasar por el fuego a su hijo o hija» (*Deut.* 18, 10), que significaba tanto como entregarse incondicionalmente en manos de sus dioses. En este hecho se manifiesta visiblemente el poderío que los dioses ejercen sobre los hombres; en realidad, los dioses mitológicos no son vanos engendros de la fantasía, son como símbolos de potentes anhelos religiosos a los que el corazón humano aspira, o como formas de fenómenos fundamentales de la Naturaleza grandiosa e imponente, a la que el hombre dotaba de divinidad precisamente por lo que en ella hay de origen divino. En los dioses paganos se hallan reconcentradas las fuerzas originales de la Creación; la fuerza que Dios ha comunicado a la Naturaleza que El mismo creó. El hombre pudo divinizar la Naturaleza por la sencilla razón de que ésta ha sido creada por Dios, de que en ella hay alguna huella de Dios. El hombre ha experimentado la realidad divina en la Naturaleza entera, en el movimiento de la propia sangre, en el nacer y en el morir, en los grandes acontecimientos de la Historia, en la luz y en las tinieblas; por eso ha podido divinizar estos procesos, subrayando lo que en ellos hay de divino, desligándolos de la relación en que están con respecto al Dios vivo y, hasta cierto punto, independizándolos; precisamente en estos procedimientos aparece con toda claridad por qué y cómo los dioses mitológicos manifiestan su fuerza y poderío; cuando los paganos salían victoriosos en sus luchas contra el pueblo de Dios, parecía esta victoria una victoria de los dioses sobre el Dios

de Israel. Así podía surgir una incógnita: ¿no serán tal vez más poderosos que Yavé? En los tiempos modernos el poeta Hölderlin ha tenido una sensibilidad especial para percibir la potencia de los dioses mitológicos.

f) Los dioses mitológicos, por su estructura peculiar, tienen, pues, algo de seductor. Para el pueblo judío constituían una tentación continua que se agravaba por el hecho de que el Dios vivo sólo se revela *velándose y encubriéndose*, es decir, ocultándose al mismo tiempo que se manifiesta, siendo un ser misterioso a través de todas sus automanifestaciones. A causa de esta peculiaridad puede pasar desapercibido. Los dioses mitológicos, por el contrario, se imponen a los hombres. Los que creen en estos dioses amontonan riquezas y salen victoriosos. Hasta los idólatras que buscan o festejan a la divinidad en cualquier colina, bajo la sombra de un verde árbol, en la vegetación o en el pleno desarrollo de ella (*Deut.* 12, 2; *Ier.* 2, 20) reciben leche y miel en abundancia. En la Escritura (*Deut.* 6, 15) se dice que Dios es «celoso»; esta palabra manifiesta adecuadamente que sólo a costa de inmensos esfuerzos se podía mantener la verdadera idea de Dios, la revelada sobrenaturalmente, frente a la creencia en dioses mitológicos. Al emplear la imagen de los celos divinos, de un Dios desairado en su amor, el Antiguo Testamento describe la atracción ejercida por los mitos de los pueblos vecinos. (Sobre este punto véanse fuentes en Kittel, *Wörterbuch zum Neuen Testament* III, 87-90.)

g) Pero precisamente las *enormes dificultades* que se oponían al triunfo de la Revelación sobrenatural de Dios han desempeñado una importante función. Son ellas las que se encargan de mostrar el *origen divino* de la idea de Dios en el Antiguo Testamento. Se distingue cualitativamente de todas las demás imágenes divinas de la Mitología del mundo antiguo, tanto de las del Occidente como de las del Oriente.

La validez de esta afirmación salta inmediatamente a la vista si tenemos como modelo de *ideas religiosas occidentales* las de los griegos, pues para éstos los dioses no son más que elaboraciones mitológicas de las formas fundamentales en que se presenta la realidad. El mundo mismo era considerado por el griego como una auténtica realidad divina; sobre todo, los puntos álgidos del mundo, los lugares en que creían se concentraba toda la potencia-

lidad de éste. Así, por ejemplo, el amor—el Eros—es designado como Dios. No aparecen en el mundo y ante los hombres personalmente como creadores o formadores; no son señores del destino que es la realidad que comprendía todo lo real. Los hombres gozaban de soberanía absoluta frente a ellos. Hombres y dioses nacieron de una misma madre; eran miembros, orgánicos, ligados entre sí de una sola e idéntica realidad. Los dioses no están fuera del mundo, sino que pertenecen a él; son, por así decirlo, su íntimo y misterioso estrato. El hombre no es en manera alguna responsable ante los dioses; no puede dirigirles oraciones impetratorias; si lo hace, su comportamiento es inconsecuente. De nada serviría pedir el auxilio de unos dioses que no eran distintos del mundo, que estaban también sometidos a las exigencias de la vida en el mundo, que eran incapaces de sacar al hombre de su lucha con las redes del destino. «¡Qué impotentes son en la *Ilíada* (donde los dioses del Olimpo tanto se ocupan de asuntos humanos) todos los esfuerzos de esos dioses comparados con una sola decisión de Aquiles; sus obras fascinan a hombres y a dioses! ¡Cuán mezquina y a veces perversa es la conducta seguida por el rey de los dioses con respecto al hombre; ahí está el Titán Prometeo! ¡Qué débil es la autoridad de la inhumana ley cuando se opone a los sentimientos tan humanos de Antígona!» (W. Solowjen, *Das Gottesreich*, pág. 107, según la traducción alemana de su escrito hecha por L. Koblinski-Ellis, publicado sin fecha bajo el título de *Monarchia Sancti Petri*).

En la apoteosis del gobernante llega a su punto de culminación la idea de Dios que exagera la autonomía y libertad humanas atribuyendo al hombre honores divinos: «Los ídolos del Arte y la Filosofía no pudieron satisfacer los anhelos del mundo antiguo; de un mundo que deseaba someterse a una fuerza viva y personal que representase al hombre. Por eso el mundo antiguo tuvo que deificar al César. No era necesario que el César poseyese cualidades especiales, ni tampoco era considerado como representante de esta o aquella fuerza sobrehumana. Bastaba lo siguiente: en tanto que el hombre absoluto era por ello dios supremo, se le atribuyeron honores divinos porque nada ni nadie existía por encima de él. Porque él sólo entre los hombres era, según ellos, el ser perfecto en su autocracia. Acaso todos podían llegar a desempeñar las funciones del César; pero la coexistencia de dos Césares era imposible. Tiberio y Nerón mostraron al mundo a dónde

podía llegar la naturaleza humana absolutamente libre». Los Césares, adorados como dioses, se convirtieron pronto en despóticos dictadores, y los hombres sobre quienes dominaban pasaron a ser pura «masa», puro «rebaño». La libertad incondicional del César produjo como resultado la esclavitud absoluta de sus súbditos. De esta manera se puso de manifiesto la insensatez e imposibilidad de tal sistema (Solowjew, *l. c.*, pág. 109).

En el Oriente los señores de la realidad son los dioses y no los hombres. Los dioses tienen en sus manos las riendas del destino. El hombre es responsable ante los dioses que le han creado. Estos intervienen en su vida para castigarle. Esta idea de Dios alcanza su punto cumbre en la convicción de que los dioses lo son todo, mientras que el hombre es pura nada. Tales ideologías suprimen la autonomía, la libertad y capacidad de decisión propias del hombre; es decir, se ha suprimido lo que tenía que ser previa condición de toda responsabilidad del hombre frente a los dioses.

No obstante la *diferencia* que media entre las ideas religiosas del Oriente y del Occidente, ambas tienen algo de *común*. En las *dos* Dios es una hechura del hombre y por eso llevan impresas el signo de quien las ha fabricado. El hombre ha explicado en esas concesiones su propio ser. El Dios a quien se presta fidelidad no viene de un más allá auténtico, no habita en un lugar antimundano que pudiera ser experimentado por el hombre mediante vivencias externas o internas. Está dentro del mundo, pertenece a este mundo, es parte del mundo y no dispone de un distinto modo de ser al del mundo.

Por el contrario, el Dios que se manifiesta en la Revelación sobrenatural viene de regiones ónticas situadas en un más allá que trasciende la realidad del hombre y del mundo. Es radicalmente distinto del hombre y del mundo; no se parece a nosotros y no tiene origen humano. No es una parte del Cosmos. No es imagen del hombre; antes al contrario, el hombre es la imagen de este Dios distinto del mundo. A esta idea de Dios corresponde una concepción del mundo según la cual no es éste una realidad absoluta; por todas partes orientado hacia un Dios vivo y, al mismo tiempo, distinto de El. De cuanto hemos dicho resulta que la idea de Dios propia de la Revelación *trasciende* cuantas ideas religiosas pudieron estructurarse en Oriente u Occidente, aunque se asimilasen los tintes válidos de aquellas concepciones al eliminar las unilateralidades o exageraciones que ellas contienen.

Para poner de manifiesto las diferencias que existen entre el mundo de la Revelación sobrenatural y el de las ideas religiosas del paganismo, Gregory (*Das unvollendete Universum*, traducido por I. I. C. Dorner) aduce dos textos, el uno tomado de la Antígona de Sófocles y el otro del Salmo 8. El primero tiene el siguiente tenor: «El universo está lleno de prodigios; pero no hay nada más prodigioso que el hombre. Él, dando alas a la nave, vuela, merced a los vientos impetuosos, por cima de las olas mugientes y franquea el mar que hierve en espumas a su paso; él se vale de los caballos para desgarrar todos los años con el arado el seno de la tierra, de esa divinidad suprema, incorruptible e incansable. El hombre, fecundo en recursos, aprisiona igualmente en los pliegues de sus redes a la raza imprudente de los pájaros y a los animales feroces y a los habitantes del mar. Doma con su industria a los más fieros pobladores de los bosques y somete al yugo el corcel de crecida crin y el toro de las montañas que parecía indomable. Ha aprendido el arte de la palabra y el conocimiento de los vientos y el poder de las leyes sobre las ciudades; ha sabido resguardar su morada de las inclemencias del frío y de la humedad. Lo ha sondeado todo con su experiencia y encuentra recursos para todos los acaecimientos de la vida; conoce el arte de librarse de las dolencias más crueles; la muerte es el único mal de que no puede preservarse.»

El Salmo 8, 4-10 dice así: «Tu cielo contemplando que es obra de tus dedos; la luna y las estrellas a que tú diste asiento, ¿qué cosa será el hombre para que hagas recuerdo de él? ¿Qué el hijo del hombre para estar a él atento? Algo menor le hiciste que los ángeles; de gloria y majestad le coronaste. En la obra de tus manos le concediste imperio; debajo de tus plantas le has puesto toda cosa: los toros, las ovejas, los animales fieros, los peces de los mares, las aves de los cielos, y todo lo que corre por el piélago inmenso. ¡Oh Yavé, Señor Nuestro! ¡Cuán ilustre es tu nombre por todo el universo!»

En el primer texto el hombre domina sobre la Naturaleza y también sobre los dioses en virtud de una autoridad y competencia propias. En el texto del Salmo 8 domina sobre todas las cosas de este mundo en virtud de una autorización recibida de Dios; pero, sobre el mismo Dios no tiene poder alguno. Por el contrario, Dios lo tiene también sobre los hombres.

h) Para apreciar debidamente la automanifestación sobrenatural divina, es necesario tener en cuenta un aspecto de grandísima importancia, al cual ya nos referimos arriba. Las automanifestaciones divinas están bajo unas *leyes de ocultamiento*. A pesar de que se ha revelado, Dios continúa siendo un *misterio* impenetrable. El Dios revelado no puede ser conocido directamente; le vemos en la fe. Para ello necesitamos una capacidad visual determinada, a saber: la luz de la fe. Esta luz la recibe sólo el hombre de buena voluntad, que es el que se prepara para recibir la Revelación divina. Se les niega a los orgullosos, a los que se hacen sordos a las

llamadas de Dios. El hombre obcecado y obstinado no sólo no conoce la verdadera esencia de la Revelación. Esta constituye para él un *escándalo*.

La obstinación, la obcecación del hombre frente a Dios, tiene lugar en el *pecado*. De esta manera, surge el siguiente estado de cosas; precisamente el pecador es el que necesita la Revelación divina, y precisamente el pecador se hace sordo a sus enseñanzas y rechaza ciegamente al Dios que se revela.

Pascal expresa de la siguiente manera estas cosas: «Hay claridad bastante para iluminar a los elegidos, y hay oscuridad suficiente para humillarlos. Hay oscuridad bastante para deslumbrar a los réprobos, y hay claridad bastante para poder acusarlos y para hacer que su comportamiento sea indisculpable (Fragmento 578; Guardini, *Christliches Bewusstsein*, 174). «No es cierto que Dios oculta todo. Pero es cierto que se oculta a los que no le buscan, y que se revela a los que le buscan. Porque los hombres son al mismo tiempo indignos y capaces de Dios. Indignos a causa de su corrupción; capaces, a causa de su naturaleza original» (Fragmento 557; Guardini, 160). «No era justo que Dios apareciese de un modo tan claramente divino que hubiese sido capaz de convencer a todos los hombres. Pero tampoco era justo que apareciese de un modo tan velado que no hubiese podido ser conocido por los que le buscasen con corazón sincero. Ha querido ser completamente visible para éstos. Y como quería aparecer francamente visible para todos los que le buscan con corazón sincero, oculto para los que huyen de él con todo su corazón, moderó su cognoscibilidad. Ha establecido signos de reconocimiento, que sólo ven los que le buscan, invisibles para los que no le buscan. Hay luz bastante para los que no desean más que verle, y oscuridad bastante para los que adoptan la actitud contraria» (Fragmento 430, de Guardini, 168). W. Mook, *Urreligion*, 1932, A. Dempf. *Religionsphilosophie*, 1937.

3. La Revelación sobrenatural se ha consumado en *Cristo*.

a) Cristo es *la* Revelación de Dios, tanto en su aparición como en sus obras y palabra. En su modo de ser, Cristo sobrepasa todas las proporciones humanas. Es diferente de todo lo que encontramos en la experiencia; es también distinto de todo lo que el pensamiento humano puede inventar y descubrir. Con él ha irrumpido en la historia humana una realidad que es intrínseca y esencialmente distinta a todos los otros fenómenos históricos.

Cristo ofrece en sus palabras una interpretación y explicación auténtica del misterio que le rodea. Ha sido enviado por el Padre (Io. 5, 23, 30 y 38; 14, 24; 10, 21). Viene de arriba, no de abajo (Io. 8, 23). No dice sino lo que le manda (Io. 5, 30; 14, 10). Lo que le ve hacer es lo que hace El (Io. 5, 19). Cumple la mi-

sión que le ha encomendado el Padre (*Io.* 14, 31). Toda su vida es un acto de obediencia frente al Padre. En todas sus decisiones obra conforme a la voluntad de Dios y nada más. Esto es para El como la comida y la bebida, de modo que pensando en su misión se olvida del hambre y la sed naturales (*Io.* 4, 32). Sólo presta atención a la Voluntad del Padre. Por eso establece en el mundo de la rebelión contra Dios, la voluntad de Dios, el *Reino de Dios*. Se dirige al Padre en todas las horas difíciles de su vida: hasta en la última, en la hora amarga de su muerte (*Lc.* 6, 12; 22, 41-42). La misión que le ha encargado el Padre se refiere a la salvación del mundo. Ha recibido del Padre poderes para perdonar pecados, para vencer la enfermedad y la muerte. Por encargo del Padre lucha contra Satanás, el príncipe de este mundo, el príncipe que lucha contra El desde el principio hasta el último instante de su actividad. No tiene nada de común con él. Rechaza sus tentaciones. Sólo aparentemente le vence el demonio, llevándole a la muerte en Cruz. Pero es precisamente esta «victoria» la que desarma al demonio. Cumpliendo en todos sus actos la voluntad del Padre, Cristo le ensalza. Toda su vida es un acto de alabanza a Dios. La razón última de esta entrega absoluta en manos del Padre consiste en que Cristo es uno con El (*Io.* 10, 30), El que le ve, ve al Padre (*Io.* 14, 9). Por eso es Cristo el camino natural que conduce al Padre. (Se tratará más extensamente en la Cristología.)

La Revelación sobrenatural de Dios en Cristo, lo mismo que la del Antiguo Testamento, no consiste en afirmaciones relativas a la realidad de Dios. También la Revelación de Dios en Cristo es una *llamada*: llamada al hombre a la fe en Cristo (*Hebr.* 6, 1; *Io.* 14, 1), a la esperanza (*Mc.* 4, 7; *I Cor.* 10, 9); *I Pet.* 1, 21), al fiel cumplimiento de lo exigido (*Tít.* 3, 8; *Io.* 14, 23); (*Mc.* 8, 21-27). Los diablos también conocen y afirman la existencia de Dios. Afirman a Dios y le tiemblan (*Iac.* 2, 19). No es, sin embargo, este sí vacío la finalidad de la automanifestación divina; la Revelación quiere que nos entreguemos sin reservas al Dios que viene en Cristo hasta nosotros. Dios entra en nuestras vidas, nos acosa, al encarnar y hacer visible en Cristo su amor y su justicia. En Cristo nos llama a participar en su vida de gloria. Los creyentes que perciben esta llamada quedan libres de pecado y de la esclavitud del diablo, obtienen paz y alegría, plenitud de vida, y su existencia experimenta un grado supremo de elevación (*Rom.* 3, 25; 4, 3; *Gal.* 3, 6; *Io.* 14, 1).

b) Aunque Dios llama al hombre en Cristo con voz que nadie puede dejar de oír; es cierto que sólo la oyen los hombres de buena voluntad. La ley que rige la Revelación de Dios en el Antiguo Testamento rige también la Revelación de Dios en Cristo: es una Revelación *velada* y hasta *encubierta*. Precisamente en Cristo, la ley en cuestión presenta una forma extensa y dolorosa. También el Dios que se revela en Cristo es un Dios escondido (*Deus absconditus*: Is. 45, 15). ¿Qué mente humana podría llegar a imaginarse que Dios pueda manifestarse con claridad suma en lo cotidiano de la vida humana; más aún, en la ignominia y los tormentos de la Cruz y que Aquel a quien los hombres llevan ante sus tribunales, condenan y matan, es el Dios todopoderoso? Esto fué motivo de escándalo para los griegos, tan orgullosos de su sabiduría; para los judíos, que se vanagloriaban de su religiosidad. Sólo el que renuncia en la fe a su orgullo y a considerarse a sí mismo como norma y eje, puede llegar a ser partícipe de la Revelación de Dios en Cristo. Para los demás esta Revelación será sólo motivo de escándalo.

En algunas doctrinas de las *Filosofías existencialista y vitalista* encontramos una forma especial de este escándalo. Jaspers, por ejemplo, cree que es necesario negar la Revelación de Dios en Cristo, porque de haber tenido lugar, el hombre quedaría privado de su libertad y, por lo tanto, de su existencia auténtica. Si Dios hubiera aparecido en Cristo, el hombre sería anonadado por la Majestad de Dios. Esta objeción desconoce la ley fundamental de la automanifestación divina: su carácter de ocultamiento. Dios ha entrado en la historia humana de tal modo, que el hombre no sólo no es deslumbrado por la gloria de Dios, ni anonadado por su poder, sino que, al contrario, puede pasar por alto a Dios, puede sublevarse contra El. Dios respeta en cierto modo la libertad humana y la responsabilidad del hombre a la cual sirve de fundamento. Dios no impone su luz y su vida a los hombres.

Debido a este modo de proceder por parte de Dios, el hombre puede negar la automanifestación divina. Se podría decir, aplicando a Dios un concepto de la filosofía existencialista, que el carácter de ocultamiento con que se presenta la Revelación divina es causa de que Dios, en cierto sentido, «fracase» en el hombre. El amor de Dios se revela al hombre para salvarle, y cuanto más se acerca al perdido, sin querer violentarle, tanto más se resiste a aceptarle el hombre obstinado en negar a Dios. De esta manera, el amor, que

ha venido a traernos la salvación, se convierte en juicio para el hombre orgulloso. Esto sucede a causa de la impenitencia contumaz.

El que por el carácter latente de la Revelación divina objetase que esa Revelación, al no salvar al hombre se hace superflua y carece de sentido, estima al hombre en poco, le aprecia menos que Dios. Desearía que el hombre fuese un mecanismo, una máquina a la cual Dios pone en movimiento hacia la meta propuesta, mientras que el mismo Dios le considera como ser libre y responsable.

c) El Dios anunciado por Cristo es el *Padre celestial*, la *Primera Persona divina*. Siempre que Cristo habla de Dios, se refiere al Padre, a la Primera Persona divina, que es también nuestro Padre, y no a la esencia divina una y trina, distinta del mundo. La expresión «Padre» no designa al Dios uno en la esencia con respecto a su unicidad esencial, sino a la primera Persona, de la cual Cristo ha recibido su misión y encargo. Más aún: el Nuevo Testamento emplea exclusivamente la palabra Padre y casi exclusivamente la palabra Dios para designar a la Primera Persona divina. Son pocos los casos en los cuales la palabra «Dios» se emplea en otro sentido, y por lo general son fáciles de reconocer. De ellos hablaremos en otro lugar (§ 44).

Sigan algunos ejemplos para ilustrar esta afirmación. Poco antes de su muerte dijo Cristo a sus discípulos (*Io.* 16, 26-28): «En aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, puesto que el Padre, Él mismo, os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo de Dios salí. Salí del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y me voy al Padre.» El Dios de quien procede Cristo es, pues, el Padre. Ese Dios, aunque de manera y potencia diferente, es el Padre de Cristo y de los hombres (*Mt.* 6, 9). Es una sola y misma la persona a la que se atribuye el doble sentido de esta paternidad. En el capítulo 20, versículo 17 del Evangelio de San Juan leemos: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.» Nosotros estamos destinados a tomar parte en la filiación de Cristo, de tal modo que su Padre pasa a ser el nuestro. A consecuencia de ello podemos invocar con el nombre de Padre al Dios que ha enviado su Hijo al mundo (*Gal.* 4, 4-7; *Rom.* 8, 14-16). El encabezamiento y la fórmula final de casi todas las cartas de San Pablo muestran lo mismo. Está, pues, fuera de duda que Cristo anuncia la realidad

de Dios, dando testimonio de Dios en cuanto Persona concreta; es decir, Primera y Divina Persona.

4.º A primera vista podría parecer dudoso el que sea *factible creer en la existencia de Dios con fe entendida en sentido estricto*. Con respecto a esto cabe preguntar ¿en qué relación se hallan la fe mediante la cual contestamos a la Revelación sobrenatural de Dios y el conocimiento por medio del cual contestamos a la Revelación natural? La fe es un «sí» con que afirmamos al Dios captado ya de antemano por el conocimiento, un «sí» pronunciado en un acto de libre decisión y con el auxilio de la gracia. (Véase § 25.) ¿Tiene sentido el afirmar en un acto de fe la existencia de Dios si es que esa existencia ha sido afirmada ya gnoseológicamente, más aún, ha tenido que ser afirmada de esta manera antes de que pueda ser afirmada en un acto de fe? En otro lugar hemos notado, siguiendo a Scheeben y Newman, el papel que juega el conocimiento en lo que concierne al origen y desarrollo de la fe; los razonamientos correspondientes pueden ayudarnos a resolver este problema. El conocimiento de Dios, cualquiera que sea el modo de su formación y siempre condicionado de algún modo por un acto de disposición volitiva, tiene que preceder (no temporalmente, sino conforme al orden interno) a la fe sobrenatural. Pero ese conocimiento no llega a formar parte de la estructura interna del acto de fe, sino que se retira silencioso, por así decirlo, después que ha puesto a Dios a la vista. Una vez cumplida esta tarea tiene lugar el acto de entrega personal y confiada al Dios que se digna inclinarse hasta nosotros.

Con ello queda resuelta una cuestión muy debatida en la Edad Media, a saber, la cuestión de si *a la vez podemos creer en Dios y conocerle*. Si con el nombre de ciencia designamos el conocimiento y reconocimiento de una verdad evidente, entonces no puede coexistir con ella la fe. La fe es la afirmación de una verdad no evidente, puesto que se funda sobre la autoridad de un tercero. Este es el punto de vista que defiende Santo Tomás al adoptar el concepto de ciencia introducido por Aristóteles. Por el contrario, si designamos también con el nombre de ciencia (saber) un conocimiento rodeado de oscuridades, entonces pueden darse simultáneamente la fe y la ciencia. Ahora bien: el conocimiento de Dios tiene que pasar a través de la oscuridad que son las imágenes y las sombras. Por eso pueden coexistir simultáneamente la fe en Dios

TEOLOGIA DOGMÁTICA

y el conocimiento de Dios. Esta es la opinión defendida por San Buenaventura, que adopta el concepto de ciencia propio de la escuela platónico-agustiniana. En los tiempos modernos ha sido mantenido por Newman.

Como quiera que sea, nada impide que en un pensador que conoce el alcance de las pruebas naturales de la existencia de Dios puedan coexistir simultáneamente el conocimiento científico y la fe en el Dios que se manifiesta a sí mismo en la Revelación sobrenatural. En efecto, su «sí» creyente se refiere al «Tu» divino que ha creado el orden de la salvación, racional y naturalmente incomprendible, mientras que su conocimiento científico se refiere al Dios que ha creado el orden natural. Porque es preciso observar que la fe no es sólo la afirmación del «Dios de los filósofos», sino también del Dios vivo de la Revelación sobrenatural.